



INTERNACIONAL

El impacto del populismo en la política exterior de Estados Unidos

Beth Erin Jones

Analista político. Doctora en Ciencias Políticas por la Universidad Autónoma de Madrid

Traducción: **Javier Martín Merchán**

*Este ensayo mantiene que el estado de situación de la política nacional e internacional norteamericana no es responsabilidad tanto de la creciente polarización política de su sociedad entre demócratas y republicanos, sino del **populismo oportunista** de la administración Trump. El **unilateralismo** y el **aislacionismo** en política exterior serían así consecuencia directa de esa retórica populista necesaria para mantener una base electoral que no se guía ya tanto por antiguas divisiones geográficas, de raza o religión.*





El populismo *antiestablishment* y la polarización política se han convertido en el tema estrella a ambos lados del Atlántico, especialmente porque los Estados Unidos se han subido a bordo, unilateralmente, del barco del aislacionismo y el proteccionismo internacional, un barco con el que siempre coqueteaban, pero en el que nunca se habían subido efectivamente dada la erupción de dos guerras mundiales, la Guerra Fría y la lucha contra el terrorismo. Muy en especial tras las guerras mundiales, el conflicto internacional y la ideología democrática liberal, combinados ambos con un sentido de Estado patente en los intereses desplegados por EE. UU. fuera y dentro del país, llevaron al pueblo estadounidense por las turbias aguas que desembocaban en el nacimiento de una superpotencia, con la influencia y responsabilidades que eso conlleva. En el ámbito nacional, el debate sobre si la influencia supera las responsabilidades siempre ha estado presente. El descontento ante la Primera Guerra Mundial, la Segunda Guerra Mundial, Corea y, sobre todo, Vietnam, Irak y Afganistán siempre adquirió la categoría de problema nacional. Cuando el pueblo americano se hallaba unido contra un enemigo común, como la amenaza soviética –particularmente relevante para aquellos que vivieron la crisis de los misiles en Cuba– o la amenaza del terrorismo fundamentalista islamista –encarnada en la tragedia del 11S–, participar en la escena internacional no solo parecía necesario, sino también y, sobre todo, una actitud patriótica para el pueblo americano, con independencia de su identificación partidista. Sin embargo, cuando esas guerras se prolongan hasta los veinte años, como es el caso de Vietnam o Afganistán, el patriotismo se inclina, como es comprensible, hacia el otro lado de la balanza, un lado en el que los grandes principios dejan de ser influyentes para el público americano.

Así pues, la retirada militar, iniciada bajo la administración Obama, no es solo una promesa electoral de Trump, sino también la dirección tomada por la Administración norteamericana, más preocupada por garantizar el apoyo de una base electoral populista que de seguir el consejo experto de las autoridades militares. El último brote de conflicto con Irán, de hecho, habría dado lugar a una potencial “salida fácil” de la región. Irónicamente, y a pesar de la reciente insistencia de Trump en no querer retirarse por completo de la región, si las tropas americanas se van podría ser porque se les ha pedido que, en efecto, lo hagan, más allá de que eso pueda suponer una derrota táctica en la lucha contra ISIS, como está ocurriendo fruto del abandono de EE. UU. a sus aliados kurdos en Siria. En cierta medida, se trata del resultado lógico de las dinámicas internas que se cuecen en Washington, con una política interna llevada al límite de forma continua fruto de la polarización política exacerbada por el populismo (y no necesariamente de la polarización política *per se*). Dentro del sistema democrático estadounidense, la polarización política, en sus diferentes proyecciones, siempre ha sido una constante, así como lo ha sido la evolución de los partidos. Dicho de otro modo, es la combinación con las recientes tendencias populistas, tanto de izquierdas como de de-



► **La retirada militar no es solo una promesa electoral, sino la dirección tomada por una Administración más preocupada por garantizar el apoyo de una base electoral populista que de seguir el consejo de los expertos militares**

rechas, lo que lleva al pueblo estadounidense a culpar a la polarización de las tensiones internas, en lugar de a la retórica *antiestablishment* encargada de llevar a los extremos hacia sus límites, extremos que también encuentran con facilidad su máxima expresión en la arena internacional.

Norte y sur

Históricamente, los Estados Unidos han estado separados por una clara franja (norte y sur) que se hace especialmente evidente desde la propia fundación de la nación y, en particular, justo antes y después de la Guerra Civil y, de nuevo, durante el Movimiento de Derechos Civiles en la década de 1960. El norte tradicionalmente fue el centro del progreso y los grandes negocios (inicialmente la industria y los ferrocarriles), así como de la repulsa de la esclavitud. Además, fue proteccionista bajo el mandato del Partido Republicano posterior a la Guerra Civil, toda vez que protestante, antialcohol y anticatólico. Los republicanos, tras Lincoln, *eran* la Unión, y en el sur los demócratas representaban el mantenimiento del *statu quo*, la esclavitud y la segregación, si bien apoyaban el libre comercio en aras de vender sus productos agrícolas. Al mismo tiempo, los demócratas se mostraban más abiertos a la nueva inmigración del sur de Europa y, por tanto, a los católicos.

Durante los siguientes cien años, los partidos se transformarían: demócratas y republicanos adoptarían diferentes marcos ideológicos; conservadores y progresistas acabarían encontrando sus propios nichos electorales fruto de este proceso de cambio. Así, los demócratas perdieron su base de votantes del sur, en especial desde los años de Carter¹, mientras que los republicanos aumentaban su influencia en esta zona. Hoy, el apoyo electoral republicano se ha afianzado en la población blanca y evangélica, mientras que los votantes negros generalmente apoyan a los demócratas. Por paradójico que parezca, aunque históricamente impidió su participación dentro del sistema democrático, el Partido Demócrata actualmente depende del voto negro para acceder a la Casa Blanca. Con el paso del tiempo, ante unas circunstancias cambiantes, fue el propio Partido Demócrata quien defendió el movimiento de derechos civiles incluso desde la administración

¹ **Abramowitz, Alan I.** *The Great Alignment: Race Party Transformation, and the Rise of Donald Trump*, Yale University Press: New Haven and London, 2018, p. 86.



► **En esta época de creciente polarización, los extremos del electorado estadounidense parecen haber abierto una ventana de oportunidad para la irrupción de una forma populista de pensamiento político**

Truman² (leyes de vivienda justa, leyes contra el linchamiento y la desegregación de los militares), así como durante las administraciones Kennedy y Johnson (Ley de Derechos Civiles de 1964, que desegregó el sur y proclamó ilegal cualquier discriminación basada en la raza, el color, el sexo, la religión o el origen nacional)³. Pero la verdadera transición del Partido Demócrata hacia la izquierda se inició durante la administración Wilson y, más tarde, con el New Deal de Roosevelt (FDR) y Truman, en la época posterior a la depresión.

Hoy, aunque las divergencias entre norte y sur se han difuminado y las preferencias hacia los demócratas o republicanos vienen fundamentalmente determinadas por sus posiciones respecto a cuestiones de actualidad, esa línea histórica norte-sur sigue presente, si bien no es tan pronunciada como lo fue y lo que queda de ella se basa, en gran medida, en la raza y la religión. En esta época de creciente polarización, los extremos del electorado estadounidense parecen haber abierto una ventana de oportunidad para la irrupción de una forma populista de pensamiento político. A lo largo de los años, tanto el Partido Demócrata como el Republicano han sufrido una serie de cambios transitorios derivados, a su vez, de la propia evolución del electorado estadounidense. Dicha evolución se ha producido, en ocasiones, también en periodos de polarización política, toda vez que los Estados Unidos han experimentado un viraje constante hacia una democracia más inclusiva y de gran escala.

Las transiciones históricas de demócratas y republicanos

La historia electoral americana puede dividirse en cinco “sistemas de partidos” o momentos de realineamiento. El primero, de 1790 a 1824, fue dominado por los federalistas, proclives a fortalecer la autoridad del gobierno central. Los republicanos de Jefferson, por su parte, se oponían a la configuración de un gobierno centralizado que, además, percibían como aristocrático. El segundo sistema (1828) estuvo marcado por el populismo del presidente Andrew Jackson, la fundación del Partido Demócrata y una participación electoral de carácter “popular” (hombres blancos que no poseían la condición de terratenientes). La esclavitud no se tornó un problema esencial durante este periodo, lo que favoreció la desfrag-

² **Jackson, John S.** *The American Political Party System*, Brookings Institution Press: Washington D.C. 2015, p. 24.

³ **Gittinger, Ted & Fisher, Allen.** *LBJ Champions the Civil Rights Act of 1964*, The National Archives, 2004, <https://www.archives.gov/publications/prologue/2004/summer/civil-rights-act-1.html>



► **La Gran Depresión supuso el siguiente gran impulso hacia el realineamiento de los dos partidos dominantes. El New Deal de Franklin D. Roosevelt cambiaría radicalmente el panorama político**



Fuente: Wikimedia Commons/LordHarris

Firma del acta por la que la Autoridad del Valle de Tennessee pasó a ser una agencia del New Deal en 1933. A la derecha, Franklin Delano Roosevelt.

mentación territorial del país. Ahora bien, cuando la esclavitud se convirtió en una preocupación, los partidos afrontaron serias dificultades para rebajar la tensión dentro de sus propias filas, en tanto en cuanto demócratas y liberales pugnaban por lograr representación en todo el país.

Más tarde, surgió el Partido Republicano, y se produjeron el tercer y cuarto realineamiento, el correspondiente a la Guerra Civil y el relativo a la New Deal. El último realineamiento comenzó en la década de 1970, cuando los demócratas del sur perdieron sus cargos y fueron reemplazados, en su mayoría, por los republicanos, los cuales se habían ganado la confianza de una nueva generación de sueños, o, en el norte, por una nueva generación de demócratas⁴. A lo largo de los años, los dos partidos políticos dominantes en los Estados Unidos, republicanos y demócratas, se han adaptado a la competición ideológica dominante en un esfuerzo por sobrevivir. El electorado los ha ido dando forma –y no al revés–, y ambos bandos se han redefinido y reinventado a lo largo de los más de dos siglos de proceso democrático norteamericano. Todo esto en medio de un sistema democrático en constante transición: de una inclusividad bastante limitada hacia un sistema de una magnitud e inclusividad sin precedentes.

⁴ **Theiss Morse, Elizabeth A.; Wagner, Michael W.; Flanigan, William H.; Zingale, Nancy L.** *Political Behavior of the American Electorate*, Sage: London, 2018, pp. 106-111.



► **Aunque Eisenhower era un verdadero conservador, trató de mostrarse como un conservador progresista, lo que se percibió en el mantenimiento de ciertos aspectos del New Deal, que consideraba un programa exitoso y muy popular**

Las señales de transición que desembocaron en el realineamiento republicano y demócrata correspondiente al periodo de la New Deal comenzaron ya a principios del siglo bajo la era de Theodore Roosevelt. Roosevelt había alcanzado el poder tras el asesinato de McKinley el 6 de septiembre de 1901, después de haber adoptado una política de menor proteccionismo al firmar tratados comerciales bilaterales con Argentina y Francia. El “coronel de caballería” Roosevelt era un carismático progresista conservador, que creía necesario abordar los agravios sociales de EE. UU. para evitar una radicalización del electorado aún mayor. Al mismo tiempo, se trataba de una figura incapaz de tranquilizar a los republicanos más conservadores, en particular en lo que respecta a las grandes empresas. Roosevelt, que formaba parte de la aristocracia neoyorquina, consideraba que la regulación de las empresas podía mitigar el malestar social, al menos en lo referido a los efectos de las altas tarifas ferroviarias y los aranceles sobre los consumidores: “Si el gobierno federal no se ocupara de las principales desigualdades sociales de los EE. UU., la agitación en favor de reformas más drásticas no haría sino ganar adeptos”⁵.

En un momento en que la credibilidad de los propios partidos políticos estaba en duda y muchos consideraban necesaria la regulación pública de la industria, la tendencia progresista que imprimió Roosevelt al Partido Republicano atrajo a muchos votantes. A través de su propuesta del Square Deal (“Acuerdo justo y honesto”), se le pidió a la industria que invirtiera en las desigualdades sociales existentes en aras de obtener un mayor nivel de justicia social; de no ser así, tales industrias se convertirían en la diana perfecta de las leyes antimonopolio propuestas por el presidente. Con el apoyo de Roosevelt, William Howard Taft se convirtió en el siguiente presidente. Aun así, cuando Taft se presentó para revalidar la presidencia, Roosevelt se separó del Partido Republicano y se enfrentó a él con su recién fundado Partido Progresista, lo que, en última instancia, llevó a Woodrow Wilson a la presidencia. Wilson alcanzó la presidencia en minoría, con tan solo el 41,9% de los votos (Taft obtuvo el 27,4%; y Roosevelt, el 23,2%)⁶. Finalmente, Roosevelt disolvería el Partido Progresista en 1916, en un esfuerzo por vencer al

⁵ Gould, Lewis L. *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014, p. 120.

⁶ Gould, Lewis L. *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014, pp. 141.



► **A lo largo de los años, los contrastes de afiliación regional a los partidos han cambiado de forma sustancial: el sur se volvió más republicano; el noreste, más demócrata**

odiado Wilson. Roosevelt se oponía a buena parte de las medidas de Wilson, sobre todo en lo referido a la neutralidad inicial defendida por Wilson durante la Primera Guerra Mundial, de manera que solicitó a los progresistas que apoyaran la candidatura republicana con el fin de vencerlo en las urnas.

En un esfuerzo por ser reelegido, la administración Wilson se inclinó cada vez más hacia la izquierda (excepto en la cuestión de la raza), apelando a los votantes del Partido Progresista y apoyando el sufragio femenino, las leyes sobre trabajo infantil y a los sindicatos. Al mismo tiempo, el Partido Republicano trataba de granjearse apoyos entre los votantes negros del norte apoyando las leyes contra los linchamientos, del mismo modo que buscaba apoyos entre los sureños blancos apoyando los derechos civiles iguales, pero separados, para negros y blancos. Asimismo, el Partido Republicano adoptó posiciones conservadoras en cuanto a la regulación de los negocios, los impuestos y el tamaño del gobierno, manteniendo una postura ciertamente proteccionista. Tras la creación de un impuesto sobre la renta por parte de Wilson (el “Arancel de la Madera”, que también redujo las tasas sobre las importaciones⁷), los ingresos federales dejaron de depender de los aranceles y la venta de tierras federales. Como resultado, la esencia históricamente proteccionista del Partido Republicano comenzó a difuminarse, ya que “lo que había sido el núcleo de la ortodoxia republicana [el proteccionismo] comenzó a alejarse gradualmente del centro del debate político”⁸. A todo esto hay que sumar que, mientras Wilson ganaba las elecciones de 1916 con el lema “Os aislé de la guerra”, en enero de 1917 EE. UU. se veía arrastrado al conflicto cuando los alemanes hicieron estallar una guerra submarina. Los demócratas asumieron todo el esfuerzo bélico; Wilson rechazó la ayuda republicana, de manera que, a la postre, su famosa “Liga de Naciones” nunca llegó a convencer a sus opositores y, por tanto, no se fundó. Los republicanos, después de haber tumbado en el Congreso la propuesta wilsoniana de la Liga de las Naciones, se acercaron a las posturas de política exterior aislacionista⁹.

⁷ Gould, Lewis L. *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014, pp 156-164.

⁸ Gould, Lewis L. *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014, p. 144.

⁹ Gould, Lewis L. *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014, p. 159.



► **En la actualidad, la raza, la religión, el nivel educativo o la división campo-ciudad explican mucho mejor que los patrones geográficos las diferencias de identificación con el Partido Demócrata o el Republicano**

La Gran Depresión supuso el siguiente gran impulso hacia el realineamiento de los dos partidos dominantes. Franklin D. Roosevelt, pariente lejano de Theodore y casado con la sobrina del expresidente, Eleanor, alcanzó la Casa Blanca venciendo a Herbert Hoover en las elecciones de 1932. Su New Deal cambiaría radicalmente el panorama político: en 1935, FDR y los republicanos se enfrentaron por una serie de cuestiones controvertidas, como la Seguridad Social (pensiones), la Ley Wagner de trabajo organizado que garantizaba los derechos de negociación colectiva, la Ley de Explotación de Servicios Públicos, la Ley de Banca y 4.800 millones de dólares para fondos de ayuda al ciudadano. Ante el descontento de los demócratas más conservadores, nuevos grupos como los negros, los miembros de sindicatos y algunas otras etnias pasaron a formar parte del Partido Demócrata. Roosevelt fue reelegido por abrumadora mayoría en 1936 (28 millones de estadounidenses confiaron en él frente a los 17 millones que lo hicieron en el candidato republicano Landon), y su coalición a favor del New Deal se convirtió en la clave de su victoria en cinco de las siete elecciones presidenciales que estaban por celebrarse. La coalición incluía a los siguientes actores: el sur demócrata, ya que los programas del New Deal habían nutrido de dinero a la región; los afroamericanos que se habían trasladado al norte después de la “Gran Migración” posterior a la Primera Guerra Mundial y que se identificaban como demócratas de Roosevelt, principalmente fruto de las subvenciones y los puestos de trabajo público a los que ahora podían acceder; los votantes urbanos y los sindicatos también emergieron como importantes aliados del Partido Demócrata¹⁰.

El New Deal solo sería desechado después de Pearl Harbor (7 de diciembre de 1941), en un Congreso dominado por los conservadores, y con un FDR que había agotado este proyecto al reunir todos sus esfuerzos en la guerra¹¹. Aun así, los republicanos finalmente aceptaron buena parte de los programas del New Deal. Tal es el caso de la Seguridad Social, si bien lo hicieron doce años después¹². Se estableció el Estado de Bienestar moderno y, al mismo tiempo, durante la Segunda Guerra Mundial y a partir de ella, la participación de los Estados Unidos en los asuntos internacionales cambió por completo. Dentro del Partido Republicano, los más derechistas abogaban por el completo desmantelamiento de los programas

¹⁰ Gould, Lewis L. *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014, pp. 192-98.

¹¹ Gould, Lewis L. *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014, p. 209.

¹² Gould, Lewis L. *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014, p. 213.



► **Si se mide la naturaleza populista de los discursos políticos durante la campaña de 2016, Sanders defendía una postura más consistente y populista que Trump, cuyo populismo era más *antiestablishment* que pro pueblo**



Fuente: Wikimedia Commons/Shelly Prevost



Fuente: Wikimedia Commons/Alex Hanson

Bernie Sanders y Donald Trump en diferentes actos durante la campaña electoral de 2016.

del New Deal, reduciendo burocracia y limitando gastos, y tan solo manteniendo los programas populares que tuvieron un marcado éxito¹³. En última instancia, la línea divisoria norte-sur terminó por difuminarse irremediabilmente, dado que los demócratas habían construido una base electoral a través de la coalición del New Deal de FDR que efectivamente había sido capaz de cruzar una línea que sería redefinida más tarde durante el Movimiento por los Derechos Civiles.

Los demócratas se aferraron a la Casa Blanca durante veinte años, tan solo cediendo el puesto ante la llegada del general Dwight D. Eisenhower, un veterano de la Segunda Guerra Mundial. Aunque Eisenhower era un verdadero conservador, trató de mostrarse como un conservador progresista, lo que se percibió en el mantenimiento de ciertos aspectos del New Deal, que consideraba un programa exitoso y muy popular. Al presentarse a la reelección en 1956, Eisenhower insistió en la configuración de un sistema de Seguridad Social sólido, un presupuesto equilibrado y la reducción de la deuda, una enmienda constitucional que garantizara la igualdad de derechos para hombres y mujeres, y el levantamiento de las barreras al comercio internacional. Todo ello mientras “las empresas nacionales, la agricultura y el trabajo quedaban salvaguardados contra la competencia desleal generada por las importaciones”. El proteccionismo comenzó a perder fuerza en el seno del Partido Republicano, y el republicanismo consiguió multiplicar sus apoyos en el sur del país. Uno de los primeros indicios de la apertura del Partido Republicano en el sur vino representado por las elecciones Johnson versus Goldwater

¹³ Gould, Lewis L. *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014, p. 215.



► **El ciudadano estadounidense medio, tanto por razones geográficas como por desconocimiento de la privilegiada posición mundial de EE. UU., probablemente nunca ha asumido las responsabilidades internacionales que ello conlleva**

de 1964, en las que el candidato republicano Goldwater, aun perdiendo las elecciones contra Johnson, ganó cinco estados del sur. En última instancia, aunque los republicanos no estaban en contra de los derechos civiles, el idilio con los votantes blancos del sur dio lugar a una suerte de noviazgo entre ambas partes en un territorio otrora representado por la antigua Confederación¹⁴.

Carter, cristiano bautista, se erigió en el último presidente demócrata con buen crédito en el sur. A lo largo de los años, los contrastes de afiliación regional a los partidos han cambiado de forma sustancial: el sur se volvió más republicano; el noreste, más demócrata. Aun así, resulta conveniente señalar que se ha dado una suerte de convergencia regional simultánea en lo tocante a la identificación con estos partidos, y no un intercambio directo de votantes. Si bien existe una tendencia a que el sur sea republicano, y el norte, demócrata, las diferencias electorales entre ambos partidos han disminuido de forma notable tanto en el norte como en el sur. Como resultado, la división norte-sur conformada desde la Guerra Civil ha cambiado de manera drástica, lo que ha derivado en la conformación de los *flip-states* (“estados cambiantes”). Mientras que el sur y la zona occidental de EE. UU. generalmente votan republicano, y el nor(o)este, demócrata, las diferencias entre ambos partidos han caído de forma progresiva desde la década de los 50. Hoy, esas diferencias son más exiguas que nunca, aun cuando no deja de ser cierto que el sur sigue manteniendo una tendencia republicana, y el norte, una demócrata¹⁵. En la actualidad, la raza, la religión, el nivel educativo o la división campo-ciudad explican mucho mejor que los patrones geográficos las diferencias de identificación con uno u otro partido; todo ello a pesar de que el sistema de colegios electorales, por su propia naturaleza, impulsa esa separación de los electorados por estados (norte-sur) en función de su apoyo a según qué partido.

Más recientemente, en las elecciones de 2016, la población negra votó de forma abrumadora por Clinton (87%). Lo mismo sucedió con los latinos, aunque en menor medida (60%). En cuanto a la población blanca, la religión y el nivel educativo gozaron de una influencia significativa. Entre los evangélicos, no se atisba-

¹⁴ Gould, Lewis L. *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014, pp. 254-57.

¹⁵ Theiss-Morse, Elizabeth A.; Wagner, Michael W.; Flanigan, William H.; Zingale, Nancy L. *Political Behavior of the American Electorate*, Sage: London, 2018, pp. 151-153.



► **La polarización que se vive bajo la administración Trump se ha convertido en una herramienta política errática, generada directamente por la emergencia de una retórica marcadamente populista**

ron diferencias importantes en función de si tenían o no algún tipo de educación de nivel universitario (81% frente a 74% de voto a Trump); entre los protestantes, los más educados votaron menos por Trump que los menos educados (42% frente a 58%). Los católicos blancos, un grupo generalmente demócrata, por primera vez se inclinaron hacia el espectro republicano, independientemente de su educación (51% de los que poseen el grado universitario y 57% de los que no lo poseen). Los jóvenes (18 a 29 años) también marcaron la diferencia en las elecciones de 2016: renunciaron a su voto tradicional por el Partido Demócrata para decantarse por los republicanos. La diferencia entre las zonas urbanas y las rurales también tuvieron su impacto particular, en tanto que las zonas rurales tienden a ser más republicanas. Tampoco podemos olvidar los efectos de la clase social: las clases bajas y trabajadoras, que tendían a votar demócrata, solo superaban en voto a los republicanos por 11 puntos, lo que sugiere el descontento de este segmento poblacional respecto a una fallida recuperación económica.

En realidad, los Estados Unidos no se hallan hoy tan polarizados en términos geográficos como lo estuvieron en otro tiempo. No obstante, la polarización queda evidenciada en otros aspectos, como bien muestran factores como la raza o la religión. La educación se torna también un factor esencial, en tanto en cuanto Clinton recibió buena parte del apoyo de la población blanca instruida y, en especial, de las mujeres. Por su parte, no hubo sorpresas respecto a los protestantes con mayor nivel educativo, que también votaron más por Clinton. En lo que se refiere a la edad y la clase social, las tendencias de voto no han estado tan polarizadas, lo que cierra una brecha de voto estructural y abre una ventana de oportunidad a los partidos para competir por el voto distribuido en los segmentos de edad/clase social. En cierto modo, aunque el clima político ideológico puede estar polarizado, en gran medida fruto de los movimientos populistas, parece que la identificación partidista también está evolucionando, lo que hace que este proceso polarizador no sea tan clarividente como parece¹⁶.

Curiosamente, si se mide la naturaleza populista de los discursos políticos durante la campaña de 2016 (algo que, de hecho, ya han llevado a cabo Kirk Hawkins y Levente Littvay en su volumen *Contemporary US Populism in Comparative*

¹⁶ Theiss-Morse, Elizabeth A.; Wagner, Michael W.; Flanigan, William H.; Zingale, Nancy L. *Political Behavior of the American Electorate*, Sage: London, 2018, pp. 141-156 & 247.



► **La polarización podría no ser un simple efecto de la inestabilidad social. Ahora ser republicano o demócrata define a la persona, determina su pensamiento; no se trata ya de una simple inclinación hacia izquierda o derecha, hacia progresismo o conservadurismo**

Perspective), Bernie Sanders defendía una postura más consistente y populista que Trump, que es más una figura *antiestablishment* que un populista que se apropia del concepto de “gente”¹⁷. No obstante, mientras que la “naturaleza populista” de Sanders no llegó a apelar a las actitudes populistas del electorado estadounidense, Trump sí fue capaz de ganarse ese voto¹⁸. Más aún, el atractivo populista de Sanders se circunscribía al espectro demócrata; el de Trump se “extendía por todo el espectro ideológico y político. Algo está claro. Los factores explicativos que a menudo se entrelazan con el populismo (autoritarismo, resentimiento racial y actitudes antiinmigrantes), si bien relevantes, no niegan el impacto del populismo *per se*. De hecho, el impacto del populismo en el apoyo a Trump es comparable en magnitud al impacto de las actitudes relativas al agravio racial. Por su parte, Sanders, el candidato más populista de 2016, sí es capaz de ganarse parte del voto populista, pero no del voto protesta que tiene que ver con esos otros factores (raza, antiinmigración...). Por ello, resulta imprescindible no mezclar populismo y su contenido ideológico”¹⁹.

En otras palabras, el populismo fue útil para Trump, puesto que cruzó las fronteras ideológicas e impactó positivamente, por sí mismo y más allá de otros factores ideológicos, en el resultado electoral final. El mayor nivel de retórica populista de Sanders, por su parte, no fue capaz de transversalizarse; su populismo no incidió en la toma de decisión de los votantes con la misma eficacia. Aunque estén imbricados, conviene no confundir el populismo con su ideología.

Para una mayor claridad sobre el significado del populismo, sobre todo en el contexto estadounidense, sería útil ofrecer una breve definición, así como apuntar las posibles opciones para mitigarlo. Independientemente de su ideología, el populismo se caracteriza por cuatro aspectos: en primer lugar, porque el fracaso de ciertas políticas supone una amenaza normativa para la democracia, que perdería su poder para garantizar la “igualdad de todos ante la ley”; segundo, se culpa de la situación al fra-

¹⁷ Hawkins, Kirk & Littvay, Levente. *Contemporary US Populism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press: 2019, pp. 14-16.

¹⁸ Hawkins, Kirk & Littvay, Levente. *Contemporary US Populism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press: 2019, p. 38.

¹⁹ Hawkins, Kirk & Littvay, Levente. *Contemporary US Populism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press: 2019, p. 43.



► **La democracia norteamericana siempre ha estado dividida en torno a ciertas líneas políticas. Norte y sur se hallaban tremendamente polarizados por la cuestión de la esclavitud y más tarde por el problema de la segregación**

caso de esas políticas; tercero, se refuerzan las identidades grupales, las masas de ciudadanos que encarnan de forma homogénea la virtud democrática; y, por último, la retórica populista se aprovecha de las emociones del pueblo y, en especial, del resentimiento contra las élites para unificar ese enfado en torno a la “gente”, un único endogrupo. La literatura insiste en que, cuando el populismo alcanza el poder, la erosión institucional o “retroceso democrático” están garantizados, si bien esto lleva tiempo (hablamos del segundo o tercer mandato) en la mayoría de los casos²⁰.

Ahora, de acuerdo con Hawkins y Littvay, existen tres opciones para mitigar el populismo: una opción “ingenua”, que consiste en “esperar que pase”, lo que implica una cierta falta de voluntad para comprometerse con los problemas subyacentes al populismo; una segunda opción basada en contenerlo por medio de actores nacionales e internacionales, legislando para abordar alguno de estos problemas o favoreciendo la organización de protestas no violentas; y abordar directamente las demandas que subyacen a los reclamos populistas, esperando que el mero reconocimiento de ciertas verdades incluidas en el mensaje populista pueda derivar en la defensa popular de unos principios democráticos liberales capaces de reconocer los problemas causados²¹. En el caso de la política estadounidense, se podría decir que la contención interna, por parte de los demócratas y el sistema judicial de los Estados Unidos, se ha erigido en la principal estrategia para frenar los ataques de Trump contra las instituciones democráticas. En cualquier caso, las quejas populistas se derivan de una creencia de que la igualdad democrática está en peligro, por lo que también resulta crucial profundizar en las verdades subyacentes a las quejas. Al mismo tiempo, no conviene confundir el populismo *per se* con las ideologías radicales de izquierda o derecha, si bien es cierto que el populismo no deja de tener efectos polarizadores en tanto cuanto los ciudadanos y los legisladores se ven obligados a elegir entre uno u otro bando. En este contexto polarizado con un líder populista al frente, la política exterior puede adoptar formas igualmente extremas y erráticas, formas que no se sustentan tanto en la ideología, sino en los arrebatos populistas que pretenden apaciguar a las bases electorales.

²⁰ Hawkins, Kirk & Littvay, Levente. *Contemporary US Populism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press: 2019, p. 58.

²¹ Hawkins, Kirk & Littvay, Levente. *Contemporary US Populism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press: 2019, p. 59-62.



Conclusiones

Tanto el Partido Republicano como el Demócrata se han visto obligados a redefinirse ante un contexto histórico cambiante, en gran parte determinado por la representación indirecta que predomina en EE. UU. fruto del sistema de colegios electorales. ¿Están los Estados Unidos de hoy más polarizados que nunca? ¿Hablamos hoy de un país más proteccionista, antiglobalizador y egoísta, centrado en sus propios intereses y objetivos inmediatos? Probablemente no. Incluso una vez finalizadas las dos guerras mundiales, el descontento del pueblo norteamericano con la política exterior era significativo. El “Gigante” que habría despertado con aquel ataque japonés a Pearl Harbor se habría convertido en un “Auténtico Gigante”, pero, desde entonces, siempre ha tratado de reducir su potencial bélico en un esfuerzo innato por virar hacia el aislacionismo, más aún si tenemos en cuenta el descontento de la opinión pública respecto a las alternativas a esta posición. El ciudadano estadounidense medio, tanto por razones geográficas como por el desconocimiento de la privilegiada posición mundial de dominio que ocupa EE. UU., probablemente nunca ha asumido las responsabilidades internacionales que conlleva tener la influencia que tiene el país norteamericano en todo el mundo. A pesar de ello, la clase política tradicionalmente sí ha asumido esas responsabilidades a cambio precisamente de mantener esa influencia mundial y de poder ofrecer beneficios a sus ciudadanos en el largo plazo; todo ello, para bien o para mal, dependiendo de una variedad de circunstancias consideradas a posteriori. El populismo ha tenido sus idas y venidas, pero lo que siempre ha reinado por parte del electorado estadounidense ha sido su verdadera insistencia por evitar excesivas incursiones en el extranjero, especialmente tras su (conocida y no conocida) participación en innumerables conflictos.

En general, aunque para muchos resulta evidente la importancia que la cooperación internacional multilateral debería tener para el pueblo estadounidense (frente a las dinámicas de “suma cero”), capitalizar el descontento interno relativo a los problemas colectivos a los que se enfrenta la comunidad global –por no hablar de las posibles soluciones– conlleva importantes ganancias electorales. ¿Podemos ver algún elemento polarizador en ello? Sí, la administración Trump utiliza estas tácticas como herramientas para ganar un apoyo electoral populista, pero no olvidemos que la polarización no es un fenómeno nuevo; se ha dado a lo largo de la historia de los Estados Unidos. Si bien no es cierto que el elec-





► **La política exterior de la Administración ha virado hacia el unilateralismo y el aislacionismo, patente en la retirada del Acuerdo Nuclear Iraní y del Acuerdo Climático de París, su enfoque hacia Corea del Norte, la guerra comercial con China o la construcción del muro con México**

torado estadounidense esté más polarizado que nunca en cuestiones y políticas reales, la polarización sí se ve muy exacerbada bajo unas circunstancias en las que el dirigente del Partido Republicano depende de la polarización populista para sobrevivir. Con el tiempo, la brecha norte-sur ha cambiado de manos e incluso se ha redefinido en términos partidistas para que ambos partidos pudieran reclamar el dominio sobre “su” electorado en un esfuerzo por adaptarse a y trabajar dentro del sistema de colegios electorales; y sí, así funciona el sistema de representación estadounidense. Ahora, la polarización que se vive bajo la actual administración de Trump también se ha convertido en una herramienta política errática, generada directamente por la emergencia de una retórica marcadamente populista. Como consecuencia, la polarización podría no ser un simple efecto de la inestabilidad social, sino que esa inestabilidad se estaría construyendo de forma activa, insistiendo en ella y redirigiendo la culpabilidad de los problemas entre los propios ciudadanos para justificar esa forma de populismo polarizado. Así, ahora, ser republicano o demócrata define por completo a la persona, determina su pensamiento en todos los asuntos, y no se trata ya de una simple inclinación hacia la izquierda o la derecha, hacia el progresismo o el conservadurismo. Hablamos, pues, de una identidad en la que se está, y en la que se está en contra de otra identidad. No se trata de una simple diferencia de opinión sobre ciertos temas; el populismo tiene la capacidad casi única de formar y aprovechar la construcción de un “nosotros contra ellos”.

Históricamente, la democracia norteamericana siempre ha estado dividida en torno a ciertas líneas políticas. Por ejemplo, norte y sur se hallaban tremendamente polarizados por la cuestión de la esclavitud y, más tarde, por el problema de la segregación; antes y después de la Guerra Civil y, más tarde, durante el movimiento por los derechos civiles. La religión también ha desempeñado su papel polarizador (con la emergencia de los primeros protestantes republicanos, etc.), si bien en menor medida. Con todo, también la religión se ha convertido recientemente en otro instrumento retórico de la administración Trump para enfrentar a los “creyentes” con los “no creyentes”. No obstante, aunque Trump viene obteniendo más apoyo de la población católica, los electores negros siguen prefiriendo a los candidatos demócratas, con independencia de su afiliación religiosa. En general, y especialmente desde los años 50, el electorado estadounidense ha cambiado y evolucionado, como era de esperar. En cierto modo, podría argumentarse que los factores de polarización son cada vez menos: clase social, edad y geografía han



► **La extrema polarización política no es la causa fundamental del estado actual de la política nacional e internacional de los Estados Unidos, sino que lo es el oportunismo populista**

dejado de ser tan relevantes, si bien raza y religión aún son divisiones a tener en cuenta. A pesar de ello, sí existe un discurso político enormemente polarizado; la convergencia de creencias o identificaciones partidistas puede producir fácilmente fisuras en comunidades y hogares.

Más allá de la polarización y la división política interna, lo que parece generar una inestabilidad de nuevo cuño, especialmente en el escenario internacional, es el hecho de que Trump parece actuar de acuerdo con sus impredecibles –y en ocasiones irresponsables– promesas electorales. Además, son los constantes e imprevisibles bandazos de la Administración los que despiertan el fervor político en el plano nacional e internacional, tanto negativa como positivamente. Sus pasos de ciego en la comunidad internacional no se circunscriben a materias militares. La política exterior de la Administración ha virado hacia el unilateralismo y, por tanto, hacia el aislacionismo, lo que ha quedado patente en multitud de acciones: la retirada del Acuerdo Nuclear Iraní y del Acuerdo Climático de París, su enfoque inconsistente hacia Corea del Norte, la guerra comercial con China, o la consecución de fondos para la construcción del muro en la frontera suroeste con México. Parece que, más allá de los hechos e incluso de la necesidad real de estas acciones, en especial en el caso de la construcción del muro, centrarse en granjearse un número cada vez mayor de votos constituye el principal impulso de la política trumpiana. Aun cuando Trump es una figura más *antiestablishment* que pro pueblo en su inclinación populista, el presidente no olvida que fue también su atractivo populista lo que le hizo erigirse en presidente de los EE. UU. Sin una estrategia específica de política exterior, la postura unipersonal de su Administración en una serie de asuntos internacionales no solo es simplista, sino que, además, ignora activamente las complejidades propias de una política de estas características. Bajo su mandato reina el lema “todo vale”. Ahora, la fuente de inestabilidad es Trump, no la polarización política; una inestabilidad que él mismo cultiva con el objetivo de mantener su dominio sobre la base electoral populista que lo apoya.

En definitiva, si bien la polarización no es un fenómeno reciente en los Estados Unidos (y tampoco lo es el populismo), sí es bastante significativa en la actualidad por cuanto ejerce una influencia muy pronunciada tanto en los escenarios nacionales como internacionales. El populismo de Trump aprovecha continuamente las fisuras de la sociedad estadounidense, genera inestabilidad y siembra la duda. Sería interesante observar cómo su Administración ha redefinido a los dos parti-



dos políticos esenciales, especialmente al Republicano. Obviamente, la mutación de estos partidos no comenzó con Trump, pero él sí ha logrado llevarla a otro nivel. En cualquier caso, la extrema polarización política no es la causa fundamental del estado actual de la política nacional e internacional de los Estados Unidos, sino que lo es el oportunismo populista. Los partidos políticos estadounidenses siempre han evolucionado ideológicamente para sobrevivir dentro del sistema político democrático norteamericano y, aunque Trump puede ser una extensión de este sistema, no deja de ser un republicano atípico. Y es que si bien la polarización siempre ha existido, en general se ha estructurado en torno a divisiones concretas: norte-sur, la industria y la agricultura, la cuestión de la esclavitud y la segregación... Ahora, sin embargo, con un electorado más volátil en esos asuntos, los partidos deambulan a su albedrío para evolucionar y adaptarse a este electorado cambiante y, en última instancia, sobrevivir a él, lo que en algunos casos implica recurrir a la estrategia populista. El pueblo estadounidense sigue dividido por cuestiones raciales y religiosas, pero esa línea se ha difuminado en la actualidad –especialmente a nivel regional–, aunque luego se ha restablecido, de manera que tanto el Partido Demócrata como el Republicano se han adaptado al cambio. Sea como fuere, parece evidente que el populismo se está aprovechando de la actual polarización política; nunca antes este aprovechamiento había sido tan evidente, vengativo y perverso, al menos en la historia reciente y, sobre todo, teniendo en cuenta la singularidad del país del que estamos hablando, cuya relevancia se extiende al escenario internacional.

Bibliografía

- Abramowitz, Alan I.** *The Great Alignment: Race Party Transformation, and the Rise of Donald Trump*, Yale University Press: New Haven and London, 2018.
- Gould, Lewis L.** *The Republicans: A History of the Grand Old Party*, Oxford University Press: Oxford, 2014.
- Gittinger, Ted & Fisher, Allen.** *LBJ Champions the Civil Rights Act of 1964*, The National Archives, 2004, <https://www.archives.gov/publications/prologue/2004/summer/civil-rights-act-1.html>
- Hawkins, Kirk & Littvay, Levente.** *Contemporary US Populism in Comparative Perspective*, Cambridge University Press: 2019.
- Jackson, John S.** *The American Political Party System*, Brookings Institution Press: Washington D.C. 2015.
- Theiss-Morse, Elizabeth A.; Wagner, Michael W.; Flanigan, William H.; Zingale, Nancy L.** *Political Behavior of the American Electorate*, Sage: London, 2018.

faes
FUNDACIÓN

Suscripción a *Cuadernos de Pensamiento Político*:
www.fundacionfaes.org/pay/confirmBuy?id=6362

Suscripción a la *newsletter*:
www.fundacionfaes.org/es/newsletter

C/ Ruiz de Alarcón, 13. 2ª planta
28014 Madrid
Tlf 915 766 857
info@fundacionfaes.org
fundacionfaes@fundacionfaes.org

DONACIONES

Multimedia

